

EL CATORCE DE FEBRERO.

AÑO I

ANTOFAGASTA, VIERNES 4 DE ABRIL DE 1879.

NUM. 15

EL CATORCE DE FEBRERO.

ANTOFAGASTA, ABRIL 4 DE 1879.

LA GUERRA CON EL PERÚ.

Lo que debía suceder ha sucedido ya: nuestro gobierno a declarado la guerra a nuestros injustos i alevos provocadores del Perú. Cesaron ya las vacilaciones i hemos entrado resueltamente por el camino que de antemano nos tienen señalado nuestros antecedentes i nuestro honor. La máscara que cubría el rostro de los alevos Caines del Rimac ha sido arrancada violentamente por la mano robusta de nuestro gobierno, poniendo de manifiesto que aquellas suavísimas sonrisas no eran otra cosa que el jesto atroz del asesino que cobardo medita i acecha a su víctima para ultimarla; que aquella oliva de paz era el puñal de los traidores; que aquellosacentos de fraternal concordia eran el llanto del cocodrilo, atrayendo al incauto i compasivo viajero que se vé devorado de improviso por un animal inmundado, cuando creía arrebatar a la muerte algún pobre ser abandonado.

El Perú se armaba sordamente mientras nosotros vivíamos tranquilos gozando las dulzuras de la paz i caminando por el sendero de nuestros progresos; el Perú buscaba alianzas criminales para agredirnos con la alevosía propia de los cobardes i, vilmente envidioso, procuraba, a todo trance, detener el carro de nuestros materiales adelantos. El Perú no ha podido ver jamás, sin un estremecimiento de rabia en el corazón, que nosotros fuéramos, en el antiguo mundo, una nación a la cual se tributaba toda clase de consideraciones i respetos, por su innata laboriosidad, por su cultura, i, lo que es mas, por su nunca desmentida honradez. I él, ese país corrompido, en el cual el veneno i el puñal juegan tan importante papel

en lo que allí se llama la alta política; ese país de antropófagos, que ha escarnecido la civilización del mundo comiéndose, cual hambrienta hiena, a sus propios gobernantes, se ha atrevido a presentarse ante la América como el campeón de la causa de la civilización i de la justicia. Los eternos payasos de la América; los que han desprestijado hasta la exageración el nombre republicano, con sus actos de cántabros, con sus revoluciones diarias, son los que hoy nos retan i nos lanzan al rostro el guante, creyéndose inermes i desprevénidos para resistir el empuje de sus armas, envenenadas de antemano con la baba inmundada de letal envidia.

Es verdad, Chile no podía prevenir jamás que un presidente como Prado hubiera abrigado esa clase de bastardas intenciones respecto de un país que, mas de una vez, le ha tendido su mano jenerosa, i que en alguna ocasión le ha servido de asilo para ponerlo a cubierto del familiar furor de sus compatriotas.

El Perú ha escojido la hora, las armas i el lugar para el combate; su maquiavélica astucia lo ha dispuesto i lo ha preparado todo. Nos vió casi envueltos en una guerra con la república Argentina i dijo para sí a su aliado: "sonó ya la hora de jugar la gran carta de nuestra ambición i de nuestra envidia." I, contentándose bastante fuerte en el mar con su flota de blindados, compró sigilosamente una nave poderosa con que adueñarse del mar i aguilarnos. Por sus sugestiones Bolivia nos provoca; se pacta una alianza ofensiva i defensiva, i todavía, cobardes i traidores, tienen la audacia de querernos engañar con mentidas palabras de conciliación i de paz, para darse el tiempo necesario i poder apostar, sin peligro alguno para ellos, el alevoso golpe a su descuidada víctima.

Tales son los enemigos de Chile,

aleves, cobardes i traidores. Chile desbaratará en el mar esa escuadra soberbia i en tierra ese ejército de aparato; sus padres le han mostrado mil veces como se vencen esas escuadras, como se aniquilan i destruyen esos ejércitos. La estrella de la patria no se ha eclipsado todavía, ella brillará pura i sin mancha i alumbrará con sus resplandores el camino de la victoria a los que cobija bajo los pliegues de su bandera. La causa que defendemos es justa, noble i santa, pues es la causa de nuestra dignidad i de nuestro honor. Confiamos. El Dios de la justicia bendecirá nuestras armas, fortalecerá nuestros soldados i dará la victoria a sus escojidos, i cuando né, sabremos morir defendiendo la causa de la civilización i del derecho.

Adelante, hijos de Chile, sigamos el camino de gloria que nos trazaron nuestros padres; seamos dignos descendientes de aquellos que con sus azañas asombraron a la América, i, cuando encontremos en los campos de Yungai a nuestros enemigos de hoy, recordemos que las sombras de los héroes están allí mostrándonos que somos hijos de Chile, i discerniéndonos la victoria. Cubiertos con la égida santa de nuestras pasadas glorias, fuertes con nuestro derecho, tranquilos con la conciencia de nosotros mismos, encontremos en el campo de batalla a los nuevos confederados, quienes huirán del filo de nuestras espadas cuando, como los soldados de Pompeyo, sean heridos en el rostro.

RAMON VALENZUELA V.

Por ser de mucha actualidad i demasiado interesante no hemos querido privar a aquellos de nuestros lectores que no estén suscritos al *Independiente*, de la última parte del editorial de este diario del 28 de marzo, escrito por el eminente diarista señor Zorobabel Rodríguez en la víspera de la declaración de